

UN MÚSICO MALAGUEÑO DEL SIGLO XIX: ANTONIO JOSÉ CAPPA (1824~1886)

Difícilmente pudiera adivinarse el origen —español y malagueño— de Antonio José Cappa pues su apellido más bien nos habla de procedencia italiana, de donde tal vez fueran sus ascendientes ya que en Italia, a mediados del siglo XVII y a lo largo del XVIII tenemos noticias de la existencia de una familia de luthiers apellidados Cappa, procedentes de Saluzzo, entre los que la historia recoge los nombres de Giuseppe-Francesco, Giofredo (discípulo del famoso Nicolo Amati y creador en Saluzzo —donde nace en 1647— de una escuela de violeros) y Gioacchino. —Procedería nuestro Antonio José Cappa de esta familia italiana? No tenemos fundamento ni para afirmarlo ni para negarlo, solo aventurar que cabe la posibilidad de que así fuera. Nace A.J. Cappa Maqueda en Málaga, en 1824, donde se inicia en los estudios musicales bajo la dirección de don Mariano Reig, maestro de capilla en nuestra Catedral y profesor que fuera de otro compositor malagueño ilustre, don Eduardo Ocón y Rivas (1833-1901). Cuando Balducci, músico de cámara del rey de Nápoles, le oye tocar el piano, lo que a sus catorce años hace con gran perfección y estilo, propone a su padre le deje de ir con él a Italia para que continúe sus estudios en el Conservatorio de Nápoles. A mediados del siglo XIX, en pleno apogeo de la ópera italiana, cuando allí marchan los compositores que pretenden destacar en la escena —son los casos de Tomás Genovés (1806-1861) y de Emilio Arrieta (1823-1894)— a más de perfeccionar sus conocimientos, llegará el malagueño Cappa. Es evidente que tendrá amistad con Arrieta e incluso se hace rumor que pudiera intervenir —¿ayudar? ¿componer?— en «Marina» —primero zarzuela, luego ópera— cuya partitura se encuentra en un bálul que Cappa abandona en Nápoles.

Estudia y además estrena, lo que hace con éxito, un oratorio u ópera sacra, «Il pianto d'Israel», que como la mayor

parte de la obra de Cappa no ha llegado a nosotros. Pero el espíritu de Cappa —bohemio, inquieto, viajero, poco apegado a la vida en casa— le hace marchar de Italia a Alemania donde consigue que le editen algunas composiciones y tras poco tiempo allí, vuelve a España, a Barcelona. El día 2 de diciembre de 1848, estrena en el Gran Teatro del Liceo una ópera sería en tres actos: «Giovanna di Castiglia» en cuyo reparto intervienen la Rossi-Casia, la Salvini-Donatelli, la Aleu Cabellé, el tenor Bozzoti, el bajo Mitrowick y el comprimario Vives. Tiene un gran éxito y la ópera se representa tres veces, la última a beneficio del autor y con una parte del programa a base de números vocales e instrumentales, entre ellos la sinfonía de otra ópera de Cappa, «Il marchese di Montaldeschi».

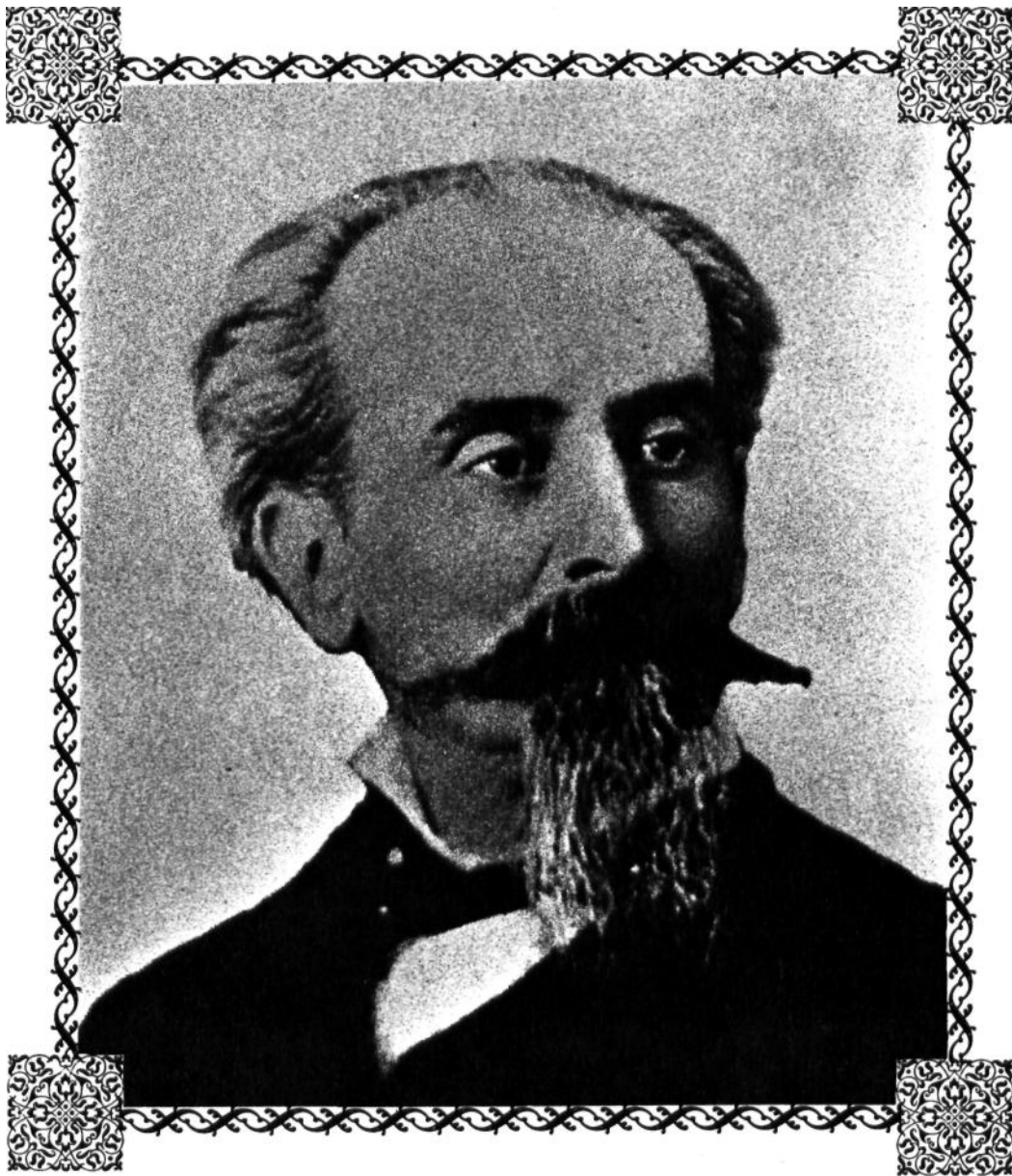
Durante una anterior estancia en Milán, Antonio José Cappa ha conocido a la cantante catalana, hija de una ilustre familia de Sevilla, Amalia Muñoz de Altamira y Bartha (Barcelona 1827-Málaga 1910) con la que contrae matrimonio en 1848 retirándose seguidamente de la escena. Amalia Muñoz tenía ante sí una anterior brillante carrera: Debut en el Gran Teatro de Trieste en 1844, actuaciones en el Principal de Valencia, en el Circo de Madrid, compañera de reparto del tenor Enrico Tamberlick y del barítono Giogio Roconi, prima donna absoluta en el Teatro Imperial de San Petersburgo en 1847, y todo lo deja al casarse. Cinco hijos son fruto del matrimonio y ninguno de ellos músico, Adelaida, Carmen, Sofía (único que nace en Málaga), Javier y Alvaro. La vida al lado de un director y compositor no es fácil y las ausencias de Cappa —viajes, preocupaciones, giras— frecuentes. Amalia Muñoz vuelve al teatro —su extenso repertorio incluye las principales óperas italianas de moda allá en 1852 que reapa rece— y actúa con singular éxito en distintos coliseos importantes de Alemania, Bélgica, Francia e Italia. Regre-

sa a Málaga al retirarse, donde da algunas lecciones y ya viuda fallece en 1910.

Cappa goza de prestigio y cuando una vez casado se instala en Madrid, se le ofrece el nombramiento de censor artístico del Real Conservatorio que no acepta para encargarse de una Escuela de Canto aneja al joven Teatro de la Zarzuela madrileño. Son los años en que cultiva la zarzuela, género en el que pueden anotarse sus títulos de «El burlador burlado» con libro de Cayetano Rosell, «Lena» con letra de Ginard de la Rosa y «Por faltas y sobras» sobre texto de Ricardo Velasco, piezas que no se llevan a la escena por lo que vuelve a Milán con diversas óperas y obras sinfónicas que desea dar a conocer. Allí estrena otras dos óperas, «Cristina di Svezia» y «Belle Celeste», nombres que unir a los ya nombrados «Il pianto d'Israel» y «Giovanna di Castiglia» y a un oratorio titulado «El diluvio».

Al frente de una compañía de ópera, como director de orquesta, recorre diversas ciudades francesas, hace una corta temporada por América del Sur y a su regreso se establece en París. Aquí intenta opositar a organista de Notre Dame y en principio no se le admite debido a su nacionalidad española, a su condición de extranjero, cuando lo consiguió y obtuvo la plaza en litigio, renunció a la misma.

Estando el verano de 1868 en Málaga, Cappa proyecta una Sociedad de Conciertos Clásicos con bastantes ambiciones: Treinta conciertos para dar a conocer en todos sus géneros el repertorio clásico por una orquesta de sesenta profesores españoles y extranjeros y que tendrían como escenario un kiosko construido al efecto en el jardín situado junto a la huerta de Natara, al otro lado del Guadalmedina. Allí se iniciaron los conciertos bajo la dirección de Antonio José Cappa el domingo 19 de julio —en principio se fijaron cuatro por semana— pero no pudieron celebrarse todos. Por la inclemencia del tiempo se llevaron al



Teatro del Príncipe Alfonso, otra vez a Natera por el calor y refrescando de nuevo... concluyeron los programas sin completarse el ciclo anunciado con tanta ilusión por Cappa.

No cabe duda que el «ambiente» creado alrededor de los conciertos veraniegos aceleraría la constitución de la Sociedad Filarmónica de Málaga al año siguiente. En los altos del establecimiento que en la calle de los Mártires, núm. 2 tienen los sucesores de don Adolfo Montargón —un almacén de música— donde diariamente se hace tertulia musical, se constituye la Filarmónica de cuya dirección facultativa se encarga el maestro Antonio José Cappa quien tiene destacada intervención en los programas iniciales (en el primero, celebrado el domingo 14 de marzo de 1869, ejecuta al piano una composición propia, «Romanza sin palabras», música de salón al gusto de la época; y acompaña un fragmento de la ópera «Fausto», de Gounod. que se da con oboe y piano) hasta su marcha a Madrid un par de años más tarde, siendo sustituido en la direc-

ción facultativa de la Filarmónica por don Eduardo Ocón. Su fallecimiento afirman sus familiares, tuvo lugar en París el 4 de octubre de 1886 y no en Málaga el año 1889 como aseguran algunos historiadores.

Hay un aspecto poco conocido de nuestro director y compositor Antonio José Cappa y es el de publicista, del que se ocupa el musicólogo y académico don José Subirá Puig en un artículo publicado en 1963. Reproduciremos el final del mismo para cerrar este trabajo:

«... Me ha mostrado otro aspecto de su existencia, la lectura de un prospecto centenario que ahora he visto al revolver papeles de mi archivo musical. Ese aspecto es el de publicista. Así lo presenta ese extensísimo prospecto estampado en Madrid, donde Cappa se denomina «Profesor de Composición de la Escuela de Nápoles, miembro de varias corporaciones artísticas nacionales y extranjeras, etc., etc.», y se anunciaba como director de una «Biblioteca lírica universal an-

tigua y moderna». Esta publicación acogería «las obras mejor reputadas por los más célebres profesores de todas las escuelas». Con ella se popularizaría en España el conocimiento de tan vasto caudal y se evitaría pagar a la industria extranjera enormes tributos, pues eran «artículos de pingüe explotación». Dos partes, la literaria y la musical, formarían la susodicha «Biblioteca». La primera, con sus diez secciones, daría obras teóricas y un diccionario. La segunda abarcaría piezas de más de doscientos compositores, cuyos apellidos, aparecerían alfabetizados y en su mayor número están olvidados por completo. Los españoles solo eran seis: Carnicer, Cuyás, Eslava, García, Gomis y Sors. Además habría una riquísima colección de cantos sagrados de los rituales católico, luterano, calvinista e israelita. ¡Magno proyecto, en verdad! Pero, como tantísimos proyectos aparatosos, no pasó a mayores.»

Manuel DEL CAMPO